

XXVII CONCURSO LITERARIO
60 años de
Mafalda



**GODOY
CRUZ
MZA**

Godoy Cruz 2024

LETRAS

JÓVENES



**XXVII CONCURSO LITERARIO
"LETRAS JÓVENES"**

**"60 años de Mafalda"
GODOY CRUZ 2024**

Convocatoria provincial

Queridos lectores,

Es una gran satisfacción presentarles esta antología, fruto del XXVII Concurso Literario "Letras Jóvenes", dedicado este año a celebrar los 60 años del nacimiento de Mafalda, el icónico personaje creado por Quino. En esta edición, hemos sido testigos del talento deslumbrante de niños, niñas y adolescentes de 9 a 24 años, quienes con su creatividad han llenado estas páginas con historias fascinantes.

El jurado tuvo la difícil tarea de seleccionar a los ganadores entre las 71 obras presentadas, valorando no solo la originalidad y el estilo literario, sino también la profundidad temática y la coherencia narrativa de cada relato. Cada una de estas historias seleccionadas destaca no solo por su calidad literaria, sino también por el ingenio y la sensibilidad con la que han sido escritas.

"Letras Jóvenes" no solo representa una oportunidad para que los jóvenes escritores vean sus obras publicadas, sino que también es un espacio vital de participación ciudadana. Aquí, se fomenta el desarrollo integral de nuestros participantes, quienes no solo crecen como artistas, sino también como ciudadanos conscientes de su capacidad para influir positivamente en la sociedad a través de la escritura.

Desde la municipalidad de Godoy Cruz, impulsamos firmemente iniciativas culturales que promuevan la inclusión y estimulen la creatividad juvenil. Creemos en el poder transformador del arte y la literatura para empoderar a nuestros jóvenes, brindándoles las herramientas necesarias para que sus voces sean escuchadas y respetadas en todos los ámbitos.

Esperamos que disfruten de estas historias tanto como nosotros disfrutamos al leerlas y seleccionarlas. Que esta antología no solo sea un reflejo del talento emergente de nuestra comunidad, sino también un testimonio del compromiso continuo de Godoy Cruz con la cultura y el desarrollo integral de nuestros jóvenes.

¡Bienvenidos a este viaje literario!

Atentamente,

Diego Costarelli
Intendente de Godoy Cruz

Categoría "A"
de 21 a 24 años

1° Premio
David Ruffo

Elmundo y yo

Una noche de domingo, Mafalda, luego de luchar contra la cena a base de sopa como de costumbre, se acostó temprano para poder empezar con energía la semana.

Sin más preámbulo, su madre le deseó las buenas noches con un beso en la frente y ésta replicó su deseo al globo terráqueo que se encontraba sobre el escritorio en la esquina de la habitación.

Al día siguiente, Mafalda asistió a la escuela con normalidad, entusiasmada por aprender nuevas y fascinantes cosas respecto a lo que le rodeaba y que quizá le pudieran dar respuesta a sus inquietudes, como por ejemplo ¿Quién habría inventado la sopa y establecido un ritual tan terrible en un evento tan lindo como comer en familia?

Se encontraba impaciente en su pupitre, viendo a sus compañeros, escuchando las conversaciones ajenas y pensando en las temáticas que a lo mejor abordaba la maestra en la clase de hoy cuando ésta aplaudió varias veces para llamar la atención del aula.

—Buenos días chicos, tengo una noticia para darles. Hoy se nos incorpora un nuevo alumno, es de intercambio internacional.

Todos se quedaron expectantes mirando la puerta por la que aparecería una nueva figura y esos segundos llenos de suspenso se sintieron infinitos hasta que el sonido de los pasos les puso fin. Entonces entró, tímido, pero con un aspecto que resaltaba más que cualquiera.

— ¿Te gustaría presentarte? —consultó la maestra una vez que se encontró frente a toda la clase, sujetándolo de los hombros para transmitirle confianza.

Pasaron unos segundos de quietud mientras el nuevo se armaba de valor para hablar frente a todos. Tiritaba de miedo y la vergüenza se le asomaba en el rostro, aspectos que notó la maestra y se inclinó para hablarle a la altura del rostro.

—Ánimo, ánimo, son buenos compañeros.

Sin embargo, no podía expresarse por sí mismo más allá de lo que comunicaba con su propia presencia, estaba necesitando de otro que hablase por él.

—No te preocupés, es tu primer día. Por esta vez hablaré por vos, ¿dale? Bueno chicos, se llama Elmundo. Háganse el favor de conocerlo.

Algunos se mantuvieron sin reacción aparente, otros se rieron de la forma ridícula en que se hacía pequeño y otros mostraron curiosidad e interés por su apariencia. Sin embargo, nadie tuvo la gentileza de darle la bienvenida. Por ello la maestra se vio obligada a intervenir para que el grupo lo incluyera un poco.

Después de un saludo entre forzoso y animoso, la maestra lo invitó a sentarse en el pupitre del fondo. Era el único disponible así que atravesó toda el aula, siendo ese su único momento de fama. Una vez sentado, quedó a las espaldas de todos, presente pero invisible.

Mafalda, que se encontraba justo delante de él, no pudo resistirse a la curiosidad y se volteó en cuanto la maestra le dio la espalda para saludarlo.

—Pssss. Hola... Elmundo. —musitó Mafalda intentando llamar la atención de su nuevo compañero. Él alzó la mirada para verla y se quedó a la espera de saber qué quería.

—Qué lindo tener a alguien nuevo en el aula. Tengo muchas ganas de conocerte. Seguro tenés muchas cosas que contarme de donde venís.

— ¡Mafalda! —gritó la maestra como llamado de atención. —Es de mala educación hablar durante la clase.

—Pero usted pidió que conociéramos a nuestro compañero.

— Esperate al recreo.

—Ufa che, ico como si alcanzara el tiempo para conocer a alguien!

Pasó la hora de clase sin que Mafalda le prestara mucha atención, estaba demasiado ocupada pensando en poder charlar sin problema con Elmundo. Si miraba al frente no hacía más que mirar la aguja del reloj pasar o los trazos que la maestra realizaba en el pizarrón.

Finalmente sonó el timbre que marcaba el fin de la clase y de repente el orden fue irrumpido por el bullicio de las conversaciones infantiles, tanto dentro del aula donde se conformaban los grupos, como el escándalo que se sentía en el patio y que llegaba a asomarse a la misma.

Cada quien salió con su grupo de amigos a compartir sus intereses, olvidándose de inmediato de la novedad que presentaba Elmundo. Sin saber qué hacer, él se quedó en el pupitre viendo los movimientos del aula.

Mafalda se había quedado ordenando sus útiles y cuando terminó y vio a Elmundo perdido lo invitó a salir a tomar aire al patio, invitación a la que cedió sin mayor excitación.

—Bueno ¡ahora sí que podemos hablar tranquilos! —aclaró Mafalda tras la interrupción que había sufrido previamente. —Vení, vení, vamos con los chicos.

—No sé si quieren...

—Dale, no les molesta.

—Y no sé, no es lo mismo. Solo vos me estás invitando, quizá ellos no quieren incluirme.

—No hay problema, nuestro grupito es único y chiquito. Cuanto más grande, más difícil se hace incluir. Por eso no vas a tener problema.

— ¿Estás segura?

—A Segura se lo llevaron preso. Poné un poquito de tu parte.

—Yo siempre estoy...

—Bueno vení.

Al final fueron con el grupo de amigos de Mafalda. Bastó que lo llevara de la mano, lo presentara y le diera el espacio para poder expresarse. Por suerte todos tuvieron la predisposición de cumplir con la tarea de la maestra y hacerse el favor de entrar en contacto con Elmundo y permitirse conocerlo mejor. Enseguida, todo el grupo se había olvidado que se trataba de un extraño, de un desconocido. Habían podido conectar con él y era una nueva y agradable compañía con la que deseaban pasar sus ratos.

Mafalda se reía a más no poder, cómoda, alegre, hasta que esa sensación se fue alejando de repente. Como el humo de un incienso que se ve desplazado lejano por la brisa del ambiente.

— ¡Mafalda! ¡Mafalda! Dale despertá que ya está el desayuno. Se te va a hacer tarde, hija.

Enseguida Mafalda quedó desconcertada, se refregó los ojos lo suficiente para esclarecer su vista y se quedó mirando a un punto fijo presa del sueño sin entender qué pasaba hasta que sus ojos enfocaron el globo terráqueo. —¡¡¡Nooo mamaaaaa!!! ¡¿Qué haces?!

—Ay hija, ¿qué te pasa? Te estoy levantando para desayunar nomás. Te veía muy pancha durmiendo.

—Estaba soñando.

— ¿Y era algo lindo?

—Por algo era un sueño.

—Bueno me alegre, hija.

—Pero, ¿sabés, ma? Me dio la impresión que era muy práctico Yo creo que entre todos lo podemos hacer realidad.

—A ver, contame entonces. ¿Qué soñaste?

2° Premio
Milca Figueredo

Tita

En la cocina de la casa, mientras Tita cenaba, se escuchaba en la televisión:

—...María Laura de la Torres ganó el premio Nobel por su investigación... María es una doctora especializada en neurocirugía con un doctorado y maestría en...

—Qué mujer tan inteligente —habló la mamá de Tita, al frente del televisor. Se dio vuelta, miró a Tita y le dijo—: Dale, Mari, Camil... Vos, nena, que estás comiendo.

—Soy Tita.

—Comé rápido, dale.

—Mami, no tenés ochenta hijos, solo tenés que aprenderte tres nombres. No entiendo por qué los adultos tienen hijos si no se saben sus nombres primero.

A las apuradas, salieron Tita y su mamá de su casa hacia la escuela, tomadas de la mano. Tita, arrastrada por su mamá, corría tanto como podía.

— ¡Má! Caminá más lento, me duelen los pies.

—Si comieras más rápido, habríamos salido temprano y no estaríamos corriendo.

—Y si cocinaras más rico, me comería la comida más rápido. Creo que deberías dedicarte a otro rubro, la cocina no es lo tuyo. ¿Qué tal corredora? Tenés el toque.

— ¡Dale, caminá más rápido porque te dejo acá! ¡Es tarde!

—Y... uno sale tarde y quiere llegar temprano.

En la escuela, la primera hora de clase terminó y el primer recreo llegó. Salieron todos los niños corriendo. En el patio de la escuela, se podían escuchar conversaciones entre niños.

—No, yo no tengo celular —respondió Tita.

Totoro le preguntó:

— ¿Por qué no tenés celular?

—Mi mamá dice que el celular es un arma que lastima y afecta a los niños.

—Es mentira, yo tengo celular y no me pasa nada, no me duele nada.

—Por ahora, tarde o temprano te va a afectar y te va a lastimar.

—Callate, tonta.

—Tita no es tonta. Ves, de tanto estar con el celular te afecta la memoria porque te olvidás hasta de mi nombre.

— ¡Mi memoria está perfecta!

—A ver, decime, ¿cuánto es 4x4?

— ¡Camioneta!

El recreo terminó y el timbre sonó para que los niños entraran a las aulas. Las horas pasaron y las clases acabaron. A la salida de la escuela, Totoro y Tita salieron y se quedaron junto a la mamá de Totoro.

—Má, pásame el celular.

Y como si fuera un sirviente, sin reprochar ni cuestionar, la mamá de Totoro le dio su celular.

— ¿No tenés celular, Tita? —preguntó la mamá de Totoro.

—No, mi mamá dice que son las nuevas niñeras, crían y entretienen —respondió Tita, avergonzada e incómoda.

—Ah... ¿sí?...

La conversación se cortó porque Totoro se había caído. El celular estaba entre medio de su cara y el piso. Totoro tenía marcas rojas en su cara y tierra lo cubría. Su mamá lo levantaba y le sacudía la tierra de su ropa.

— ¿Viste que te dije que el celular te iba a lastimar? —le dijo Tita.

—Ay, Dios mío, los varones son tan tontos. Por eso prefiero a las niñas, son más inteligentes y tranquilas, ¿o no, Tita?

— ¿Usted es inteligente?

—Por supuesto, como toda mujer.

— ¿Y cuántos títulos tiene? ¿Cuántas maestrías ha hecho?

—Bueno... yo... ¡Mirá! Allá está tu mamá.

Alzando la mano para que Tita la viera, venía gritando su mamá:

— ¡María! ¡Camila!

— ¡No, soy Tita!

—Eso dije, dale, vamos rápido que estoy en doble fila.

Tomó de la mano a Tita y se la llevó.

— ¿Eso no está mal? —preguntó Tita.

—Shhh... Es solo por esta vez.

Corrieron hacia el auto y su mamá abrió la puerta de atrás. Tita entró, se sentó al lado de su abuela y se puso el cinturón de seguridad.

—Hola, abuela.

—Hola, mi Tita, dame un beso, cosita mía.

La abuela besó a Tita en los cachetes muy fuerte. Su mamá entró al auto, arrancó y le preguntó a Tita:

— ¿Cómo te fue hoy?

—Bien.

— ¿Qué dibujaste hoy, mi Tita? —le preguntó su abuela cariñosamente.

—Vimos una película de un robot que limpiaba, y la seño nos hizo dibujar lo que más nos gustó. Yo dibujé al robot, mirá, me quedó re lindo.

—A ver...

Tita sacó de su mochila el cuaderno y le mostró el dibujo a su abuela.

— ¿Te gusta?

—Sí, está re lindo.

— ¿Qué aprendiste hoy?

—La seño nos habló sobre la igualdad. Significa que todos tenemos que tener las mismas cosas y que todos somos iguales.

— ¿Sí? ¿Y qué más hiciste?

—Hice igualdad y la dictadura casi me castiga.

— ¿Cómo es eso? Explicame.

—Y... porque en una tarea teníamos que pintar con color rojo y yo no tenía...

— ¿Y qué hiciste?

—Primero me fijé quién tenía más colores en el aula, y esa era Tamara. Entonces le saqué el color rojo y le dije que ella no podía tener más que yo porque eso era desigualdad. Pero se puso a llorar y vino la seño. Ella me retó y me dijo que no podía robar las cosas de los demás. ¡Me dijo ladrona!

— ¿Te retó la seño?

—Sí, pero yo una vez escuché en la cocina que una seño dijo que mi seño le había robado el novio a la seño Roberta. Y entonces le dije a mi seño cuando me retó: “Si robar está mal, ¿por qué usted le robó el novio a la seño Roberta?”.

Sorprendida, la abuela preguntó:

— ¡¿Y qué te dijo la seño?!

—Nada, se puso roja y dijo que tenía que seguir con la clase.

— ¿En serio? ¿Y qué pasó con el lápiz rojo?

—Me lo quedé yo.

Tita y su abuela se rieron, pero la mamá de Tita, enojada, le dijo:

— ¡Robar y contestarle a la seño está mal, Tita!

—Shhh... Es solo por esta vez.

—No te hagas la tonta.

—Tita no es tonta.

3° Premio
Amparo Bagorda

Crónicas de un periodista

“... Podemos afirmar con orgullo que somos hoy los más evolucionados en materia de prevención de delito.”

Esas fueron las últimas palabras del señor gobernador.

Se podría decir que esta historia comienza justo después de que asume el gobernador, y Dios quiera que sea desde esa fecha y no antes, pobres almas desdichadas las que se cruzaron en su camino.

Lo recuerdo bien a todo, cada detalle ya que como periodista de política me ha tocado cubrir cada discurso que dio, cada acto que asistió y cada cambio que implementó.

Prometía algo distinto. Por eso, arrasó en las elecciones; era la esperanza de un cambio positivo, por lo menos, para la provincia. Pero la gente inmediatamente empezó a dudar de su elección, ya que durante un buen tiempo no se mostró al público y parecía que la historia de fraude se repetía. Hasta que por la Fiesta de la Vendimia no le quedó otra que aparecer, aunque por el discurso que dio parecía que no estaba para nada preocupado ante el tema, demasiado raro para el evento que concurría, el agasajo de Bodegas de Argentina:

“Estoy contento de estar otra vez ante ustedes. Quiero empezar este discurso pidiéndoles que ahora más que nunca no bajen los brazos. Lo que hemos vivido estos años en Mendoza me han llevado a la reflexión de nuestro estado y, como dije en mis promesas electorales, voy a sacarla adelante. Sé que pasé un tiempo que no aparecí frente a la prensa luego que asumí, pero estaba llevando a cabo planes para mejorar nuestro futuro.

Por eso, hoy también me siento feliz de compartir con ustedes en estos días de vendimia, junto con productores, empresarios y trabajadores, que el primer cambio es para ustedes. Para ustedes que han sufrido tantos años y han sido ignorados, es de mi agrado compartir los proyectos que se llevarán a cabo.

Para empezar, tenemos el proyecto de recuperación de los trozos del glaciar Perito Moreno, se traerán en camiones especializados, de las dimensiones de los que transportan las piezas de los polinos. Una vez en viaje, en el trayecto de Santa Cruz a Mendoza se derretirá y obtendremos agua para abastecer los pozos de las fincas y tener para su uso diario.

Como último proyecto tenemos a astronautas de la troposfera, donde justamente se entrenará a un grupo de personas en este rubro con la intención de enviarlos, cuando haya alerta de granizo, a los cumulonimbos a picar estos y romperlos en su totalidad. El hielo

extraído se bajaría en las mismas naves y también se usaría para reservorios de los campos y, así, mataríamos dos pájaros de un tiro: tenemos agua y lucha contra granizo.”

Lo más raro fue que ni los medios de comunicación ni los ciudadanos por las redes sociales cuestionaron su desaparición. Solamente se centraron en las propuestas hechas y se conformaron con la vaga explicación que dio. La situación me dejó atónito.

Propuse en mi medio hacer una nota sobre el tema porque nadie lo estaba haciendo. Pero la respuesta fue que justamente nadie lo hace porque a la gente no le interesaba eso, la gente solo quiere ver el cambio que propone el gobierno, ya están cansados de las malas noticias. Me hizo sentir que estaba paranoico y traumatado de tantos malos gobiernos.

No demoró mucho después de ese discurso en dar otro con nuevos planes de mejora. Y junto con esto anunció, además, la baja del ministro de Hacienda y Finanzas. Algo que extrañamente pasó desapercibido por todos. Al parecer, su estrategia era contar una mala noticia y dos buenas para contrarrestar. Porque no encuentro lógica para que las personas pasen por alto estas cosas incluso para los medios de comunicación. ¿Cómo no va a ser importante anunciar que el ministro de Hacienda y Finanzas ha cambiado?

Semanas después, cuando estaba entrando al trabajo, me topé en la recepción a la esposa del ex ministro y estaba discutiendo con el jefe de redacción:

-Quiero denunciar la desaparición de mi marido ¿Qué no entiende? - Dijo la señora.

-La que no entiende es usted, le digo que esto no es una comisaría. Mejor vaya a...

-Que le digo que los oficiales no me quieren tomar la denuncia. Por eso, quiero hacerlo por un medio oficial. - Lo interrumpió.

-Pero le dieron ya una explicación, según usted me dice, del por qué, y yo no puedo hacer nada. Si ellos lo dicen es así, que usted no quiera asumirlo es problema suyo, acuda a un psicólogo no a nosotros.

Enojada se acercó a mí, que por lo visto se percató que estaba escuchando y me interrogó:

¿Si a usted le dicen que su esposo dejó su cargo de ministro para irse del país con su otra familia, le creería? –

-Mire señora... como son las cosas hoy en día no me parece imposible.

Enfurecida salió del lugar y yo proseguí a entrar al trabajo, ni yo ni el jefe volvimos a tocar el tema. Y, sinceramente, ya estaba entrando en el juego del desinterés a los hechos “innecesarios de transmitir”.

Ya para el último día de clases, antes del receso invernal, el gobernador volvió a dar un discurso. Comenzó dando el pésame a la familia del ex ministro, ya que, había sido encontrada sin vida a su ex esposa en el interior de su casa por un aparente suicidio, el cual

dieron por motivo que no aguantó la traición de su esposo y no quería ser una carga para sus hijos porque nunca había estudiado ni trabajado.

Después de eso, habló sobre la importancia de la educación y finalizó con dos nuevas medidas, una a nivel educativo y otra de seguridad. La escuela iba a ser obligatoria desde sala de cuatro años hasta quinto de primaria, inmediatamente acabado ese año iban a entrar en una etapa de prueba hasta los quince años; en esta etapa podían estudiar, trabajar y/o realizar el servicio militar. Pasada esta edad se deberían decidir por uno de los caminos, aunque más adelante podían cambiar su elección cuantas veces quisieran, excepto el del servicio militar, una vez que se ingresaba a los quince se tenía que terminar. El objetivo de esta medida era que la persona hiciera algo con su vida y no fuera una bigarda que solo recibe planes sociales. Porque justamente una de sus promesas electorales era de dejar de usar la plata que recibían para planes sociales e invertirla en algo que de verdad valiera la pena.

Y la medida de seguridad fue eliminar el límite de edad de imputabilidad. Su fundamento fue que el que tiene la capacidad de matar, violar o hurtar tiene que recibir la condena respectiva para el crimen cometido. Y junto con ésta, anunció que próximamente se inaugurará una nueva cárcel.

Días después, nos sorprendió la noticia de la muerte de la funcionaria pública. Justo cuando el gobernador había anunciado las nuevas medidas de seguridad. En lo personal, se me hacía raro que una figura pública hubiera muerto. Lo hablé con compañeros y todo, pero nadie pensaba así. Me dijeron que estaba intentando buscarle algo negativo al gobernador, ya que estábamos acostumbrados a gente así, que estaba desconfiando del primer gobernador que hacía las cosas bien. Es más, todos resaltaban su buena actitud ante lo sucedido, decían que eran sublimes las palabras que dijo:

“Vamos a buscar por mar y tierra al depravado de mente retorcida y no porque se trate de una víctima que tenía dinero, sino porque es mujer. Y a ellas más que nadie las tenemos que cuidar, no nos tiene que faltar ni una. Solo Dios se las puede llevar.”

Sinceramente, la situación me inquietó y no me quedé conforme con las respuestas que me dieron mis amigos y conocidos, así que me puse a indagar, aunque me costara la vida. Y esto lo traigo a colación porque en este sobre pensar recordé la situación con la ex mujer del ex ministro, que no estaba conforme con los datos aportados por la policía y luego fue encontrada muerta. Quería develar por mí mismo si algo estaba pasando o estaba paranoico.

Fueron semanas de pensar en cómo podía obtener información sin levantar sospechas. Hasta que se me ocurrió empezar por entrevistar a profesionales sobre cómo estaban

viviendo las nuevas medidas ya implementadas. Así podría conseguir que el gobernador confiara al ver que estaba dándole una buena imagen.

Fue algo que me costó y llevó mucho tiempo, nadie quería ser entrevistado, ni empresarios ni particulares. Hasta que alguien accedió a verme y responder mis dudas, pero sin que publicara nada ni siquiera de manera anónima, lo cual me pareció raro al nivel que no sabía si aceptar la propuesta, no obstante, fue cuestión de minutos para terminar aceptando ya que la intriga me carcomía.

Me terminé juntando con la persona y me terminó aclarando más de lo que tenía. Es increíble cómo los medios de comunicación nos hemos vuelto una repetidora sin siquiera saber que lo que estamos escribiendo en realidad son puras falacias. Y las personas creen todo lo que le dicen y defienden a muerte sin saber que están equivocadas, y los que se han abocado a ese sector de estudio ya no prefieren gastar energías en discutir con personas cuadradas o también están los que les pagan para no salir a refutar y seguir con el plan conspiranoico.

Cuando llegó el día de la inauguración de la cárcel nos quedamos todos boquiabiertos. Empezó dando un discurso que decía:

“A causa de la sobrepoblación en las cárceles, decidimos construir una nueva, más grande y tecnológica, no con el fin de que los presos estén más cómodos, no se lo merecen. Vamos a abrir los establecimientos que hagan falta con el fin de que estos malnacidos paguen.”

Luego destapando un bulto de sábanas dijo:

“He aquí quién cometió el atroz crimen contra la funcionaria, se merece irse al estiércol y no es una manera de insultar; es así como se llama la nueva institución porque las personas como él no ameritan más que ir al estiércol.”

Después explicó cómo iba a ser su funcionamiento y las estrategias a aplicar para lograr liberar de la inseguridad las calles de Mendoza.

En particular, me impactó la imagen de que el hombre estuviera exhibiendo tal animal de zoológico y me pareció extraño que no se dijera antes que habían atrapado a este tipo. ¿Será que nunca estuvo suelto?

Fue lo que colmó el vaso, decidido fui a preguntarle a mi jefe si podía hacerle una entrevista al gobernador sobre cómo había llevado el año y medio que estaba ejerciendo. Lo cual por suerte me dio el visto bueno. Quería a toda costa obtener información de este tipo, aunque no había pensado aún qué iba a hacer con eso.

Contactarlo fue complicado, pero en el transcurso de ese tiempo no me quedé de brazos cruzados, busqué otras fuentes y de a poco fui develando “misterios”. Nadie estaba

interesado en este tipo de cosas, todo era trabajo, estudio o servicio militar, es como si ese plan era más que nada para entretener a la gente y que no se dieran cuenta de lo que de verdad estaba pasando. Lo que más tarde iba a terminar confirmando que efectivamente esto era así.

Por fin el gobernador accedió a verme, solo que el eje de la entrevista había cambiado a cómo esperaba terminar el año y qué expectativas tenía para el siguiente. Debía ser sumamente cuidadoso en lo que preguntaba; no se me podía escapar nada, de lo contrario sería hombre muerto.

Lamentablemente, no pude sacarle mucho, solo que es un psicópata, estaba demasiado tranquilo a pesar de que había mandado a matar gente y que controlaba todo tipo de información a su favor.

El gobernador extorsionaba a los medios para que dieran las noticias que él quería, le pagaba a profesionales para que respaldaron con “bases científicas” sus proyectos; asesinó a quien se opuso a los cambios que proponía, como al ministro de Finanzas, y los daba como que dejaban su cargo; no solo mandaba a matar con este fin sino también para hacer política: mujeres, niños y hombres asesinados para demostrar que había inseguridad. Y, cuando él cesó de realizar estos actos, publicó las estadísticas que mostraban que la seguridad estaba mejorando gracias a sus medidas de seguridad.

Si me preguntas ¿Qué más quería sacarle al gobernador en la entrevista si ya sabía todo esto? Pues la respuesta es simple, quería saber quiénes eran sus personas de confianza, si le temblaba el pulso a la hora de hablar de su año y ver si en el despacho había algo raro, puesto que ya he entrado reiteradas ocasiones a entrevistar a otros gobernadores. Pero - como dije- no saqué mucho jugo a la situación.

Escribí la nota y la publiqué. Al siguiente día me encontré rodeado por la policía federal argentina. El miedo de que me hubieran descubierto era descomunal: todo por haber estado jugando a ser Sherlock. Por suerte, siempre fui precavido y todas mis anotaciones las escondí en un lugar seguro.

Después de que me explicaron que querían meter preso al gobernador, en mi cabeza empezó a resonar la idea de contar todo lo que sabía y denunciarlo. Sin embargo, esa idea no duró mucho tiempo después de que me dieron los fundamentos del por qué lo querían preso.

Me dijeron que era una persona clave en esto porque era al único que dejó que lo viera en privado. Me confiaron información de suma importancia clasificada a cambio de mi silencio y si todo salía bien me darían un puesto en alguna cámara.

Nuestro gobernador había empezado a ignorar ciertos mandatos del señor presidente al igual que no estaba asistiendo a juntas y no le contestaba mensajes.

Meses después planeando todo y esperando el momento perfecto para arrestarlo, se coordinó que se hiciera posterior al discurso que había dispuesto para anunciar un nuevo proyecto de seguridad.

En este tiempo, me enteré de que la PFA estaba al tanto de las atrocidades que el gobierno había cometido, pero no hacían nada porque no molestaba a ningún otro miembro del poder ejecutivo, en cambio no contestar los mensajes del presidente implica violencia psicológica.

Llegó el día esperado, nos preparamos y repasamos el plan varias veces, no querían ninguna falla y yo estaba muy atento a no cometer ninguna para no arruinar todo el trabajo que había estado haciendo, aunque el castigo que me esperaba por romper el pacto era cadena perpetua y no la muerte, lo cual hubiera sido mejor.

A la hora establecida el capitán dijo: Cuando termine el discurso arréstenlo, no dejen que escape.

El gobernador, sin saber lo que esperaba su futuro, empezó su discurso:

“Me alegra compartir un día más con mis queridos mendocinos que tanto me han ayudado a construir juntos una Mendoza mejor.

Hoy vamos a inaugurar un nuevo proyecto y el motivo por el que están aquí es poder ver el triunfo de sus súplicas.

Se ha creado un dispositivo capaz de escanear las energías y vibras que da un recién nacido para saber que atraerá para su futuro, junto con el análisis detallado de su carta astral.

Nuestro mayor problema es la inseguridad. Aunque hemos reducido gran parte de éste, no lo hemos erradicado. El estar al lado de la cordillera nos deja como ruta de contrabando y con este proyecto la inseguridad termina acá.

Si el recién nacido arroja malas vibras y además un mal resultado en su carta astral se lo criará en la cárcel, para que cuando crezca ya sea un delincuente encerrado y no cause ningún daño a la sociedad. Y con esto hermanos... Con esto podemos afirmar con orgullo que hoy somos los más evolucionados en materia de prevención del delito.”

Ni bien terminó de hablar el presidente la policía se abalanzó sobre él convirtiendo este acto protocolar en un show de circo.

Categoría "B"
de 17 a 20 años

1° Premio
Franca Puebla

Mafalda y el mural de la felicidad

Mafalda estaba caminando por el barrio cuando vio una pared gris y vacía. De pronto, se le ocurrió una idea. Realizar un mural que refleje alegría y quizá ambientar de otra manera este barrio que todos evitaban.

La joven reunió a sus amigos Felipe, Susanita y Manolito, y juntos comenzaron a planificar el mural. Decidieron que cada uno de ellos pintaría algo que los hiciera felices.

Felipe pintó un fútbol que volaba al arco contrario, Susanita pintó un gato sonriente mientras se divertía con su ratón de juguete, Manolito pintó un paisaje donde había muchos animales e insectos y Mafalda pintó una flor sonriente que estaba floreciendo cada vez más.

Mientras trabajaban en el mural, la gente del barrio se detenía a mirar y sonreír. Algunos incluso se unieron a la creación del mural, agregando sus propias imágenes de felicidad. El almacenero dibujó una caja fuerte llena de mariposas que salían de ella y los abuelos hicieron una mesa grande y larga con toda la gente sentada a su alrededor compartiendo.

Cuando el mural estuvo terminado, el barrio entero se reunió para admirarlo. La pared gris y vacía se había convertido en un símbolo de la felicidad y la unión de todos los que vivían ahí.

Ella se dio cuenta de que el mural había traído felicidad a la gente del barrio y se sintió orgullosa de haber tenido la idea. Y desde ese día, el mural se convirtió en un lugar de reunión para la comunidad, donde la gente podía ir a sonreír y recordar que la felicidad está en las pequeñas cosas.

Un día, un anciano se acercó a Mafalda mientras ella estaba admirando el mural. Le dijo: "Mafalda, este mural es un regalo para el barrio. Me recuerda a mi infancia, cuando la vida era más simple y feliz".

La joven sonrió y dejó escapar con toda la emoción que llevaba dentro: "Me alegra que le guste, señor. Queríamos crear algo que trajera alegría a la gente del barrio".

El anciano dijo: "Bueno, han logrado algo más que eso. Han creado un símbolo de la felicidad que nos recuerda que la vida es un regalo precioso".

Mafalda se sintió conmovida por las palabras del anciano y le preguntó: "¿Por qué dice eso, señor?"

El anciano sonrió y dijo: "Porque he vivido mucho y he visto que la felicidad no está en las cosas materiales, sino en las pequeñas cosas que nos rodean. Un mural como este nos recuerda que debemos apreciar la belleza en la vida cotidiana".

Ella se dio cuenta de que el mural había tenido un impacto más profundo de lo que imaginaba. No solo había traído alegría al barrio, sino que también había recordado a la gente la importancia de apreciar la belleza en la vida cotidiana.

Tiempo después, Mafalda y sus amigos seguían con la idea de realizar cambios en la comunidad, pero no se les ocurría dónde más poder ayudar para poder dejar huellas.

Ella se dio cuenta de que el mural había tenido un impacto más profundo en el barrio y también en su corazón. Le había enseñado que la felicidad está en las pequeñas cosas y que el arte puede ser una forma poderosa de conectar con los demás. Por eso, decidió que quería crear un mural en un lugar especial, un lugar que necesitara un poco de alegría. Así que, con la ayuda de sus amigos, sus padres y los directivos del lugar, crearon un mural en el hospital local, más precisamente, en la sala de niños.

Los pacientes del hospital se emocionaron con las pinturas y ella se dio cuenta de que había encontrado su verdadera pasión: usar el arte para hacer felices a los demás.

El mural del hospital se convirtió en un éxito y los niños se sentían felices cada vez que lo veían. Mafalda y sus amigos recibieron agradecimientos de los padres y del personal del hospital. El director del hospital se les acercó y les dijo: "el mural ha traído alegría a los niños que están internados acá. Queremos pedirte que crees un programa de arte para los niños que son nuestros pacientes".

La joven se emocionó con la idea y aceptó el desafío. Con la ayuda de sus amigos, creó un programa de arte que incluía pintura, dibujo y escultura. Estaba ayudando a los niños a olvidar sus problemas o a transitar esa oscuridad de otra manera.

El programa de arte se convirtió en un éxito. Estaba haciendo una diferencia en la vida de los demás y se sentía feliz de poder hacerlo.

2° Premio
Lucía Bravin

Mafalda y el mundo al revés

Era una mañana cualquiera en Buenos Aires, pero Mafalda sintió algo extraño al despertar. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que su habitación estaba al revés: el techo era el suelo, y los muebles flotaban en el aire. Alarmada, se levantó de un salto de la cama, solo para encontrarse caminando sobre el techo.

— ¿Qué está pasando? —se preguntó, frotándose los ojos

Al bajar las escaleras, notó que toda la casa estaba igual. Su madre estaba preparando el desayuno en una cocina que parecía desafiar la gravedad, y su padre leía el periódico mientras flotaba en el aire, tomando el café, parecía que hoy todo era diferente.

— ¡Mamá, papá, algo raro está ocurriendo! —gritó Mafalda.

—Oh, Mafalda, no hagas tanto escándalo al despertar —respondió su mamá, sin dejar de revolver el desayuno—Todo está perfectamente normal.

Mafalda se frotó los ojos de nuevo. Decidida a encontrar una explicación de lo que estaba pasando, salió de su casa y se dirigió al parque donde solía reunirse con sus grandes amigos.

Al llegar al parque, Mafalda se encontró con Felipe, quien estaba colgado boca abajo de un árbol, leyendo un libro de aventuras.

— ¡Felipe! ¿También lo notas? —preguntó Mafalda, tratando de mantener el equilibrio en el suelo.

— ¿Notar qué? —respondió Felipe, sin levantar la vista de su libro.

— ¡Todo está al revés! —exclamó Mafalda.

Felipe levantó la mirada, observando a su amiga con curiosidad.

—Para mí, todo parece igual, Mafalda. ¿Seguro que no has tenido una pesadilla y te has levantado así?

Desconcertada, Mafalda decidió buscar a Manolito, quien siempre tenía una opinión, sobre todo. Lo encontró en su tienda, colocando productos en los estantes que flotaban en el aire.

—Manolito, ¿no notas nada raro que esté pasando? —preguntó Mafalda.

—Claro que no, Mafalda. Estoy muy ocupado poniendo las cosas en los estantes. ¿Vas a comprar algo o solo vienes a hacer preguntas tontas como casi siempre haces?

Frustrada, Mafalda salió de la tienda, convencida de que algo muy extraño estaba ocurriendo, pero que solo ella parecía que lo notaba.

Decidida a resolver el misterio, Mafalda fue a ver a su gran amiga Susanita, quien estaba en su casa jugando con muñecas que también flotaban e imaginaba que era una de ellas.

—Susanita, ¿tú tampoco notas que todo está al revés? —preguntó Mafalda, desesperada para que alguien le creyera.

Susanita la miró con una sonrisa despreocupada.

—Ay, Mafalda, siempre tan dramática. Deberías relajarte un poco y disfrutar de la vida misma.

Mafalda suspiró. Ninguno de sus amigos parecía darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Entonces, recordó al sabio del barrio “el viejo Don Matías”, quien siempre tenía una explicación para todo lo que ocurría.

Corrió hasta la casa de Don Matías, que estaba en la esquina de la calle. Al llegar, tocó la puerta insistentemente con fuerza. Don Matías abrió la puerta, con su habitual tranquilidad.

— ¿Qué te trae por aquí, querida Mafalda? —preguntó el anciano amablemente.

—Don Matías, el mundo está al revés y nadie más parece poder notarlo. Todo el mundo se comporta como si nada hubiera cambiado, pero yo sé que algo anda mal con el mundo— explicó Mafalda, hablando rápidamente, sin que se le entendieran algunas palabras.

Don Matías la miró con sus ojos penetrantes y luego sonrió.

—A veces, Mafalda, el mundo realmente está al revés, pero no todos son capaces de verlo. Es posible que tú tengas una perspectiva diferente, una que otros no pueden comprender o incluso asimilar.

Mafalda frunció el ceño, sin entender del todo lo que decía Don Matías.

—Pero, ¿por qué solo yo lo veo así?

—Porque tienes una mente inquisitiva que no muchos tienen y un corazón que anhela justicia y verdad que a la mayoría de las personas les falta. Eso te hace ver las cosas de manera distinta. No es que el mundo haya cambiado, sino que tú has cambiado, y eso te permite ver lo que otros no ven —respondió Don Matías

Mafalda se quedó pensativa. Las palabras de don Matías resonaban en su mente continuamente. Decidió que, aunque los demás no lo notaran, ella seguiría buscando la manera de poner el mundo en su lugar.

De regreso al parque, se encontró con Guille, su hermanito menor, quien jugaba alegremente con un globo de color rojo que flotaba hacia arriba y hacia abajo, sin seguir ninguna lógica aparente.

—Guille, ¿también tú ves el mundo al revés? —preguntó Mafalda, arrodillándose a su lado.

Guille sonrió feliz y asintió con la cabeza.

—Sí, Mafalda. Es muy divertido, ¿verdad que sí?

Mafalda sonrió. Quizás su hermano tenía razón. Tal vez, en medio de todo este caos, había algo de diversión y maravilla que podían tomar. Decidió que, en lugar de preocuparse tanto, disfrutaría del momento mientras buscaba las soluciones, para arreglar lo que estaba pasando.

Pasaron los días, y aunque el mundo seguía al revés para Mafalda y su hermano, ella aprendió a adaptarse en ese mundo al revés. Con cada día que pasaba, encontraba pequeñas formas de hacer que su entorno volviera a la normalidad, aunque solo fuera en su mente.

Un día, mientras caminaba por el parque, se dio cuenta de que, aunque el mundo estuviera al revés, sus amigos y su familia seguían siendo los mismos y eso no cambiaría nunca. Se sentía afortunada de tenerlos a su lado, sin importar cuán loco pareciera todo.

—Quizás Don Matías tenía razón con todo lo que dijo —pensó Mafalda—. No se trata de cómo está el mundo, sino de cómo lo vemos y lo enfrentamos.

Y así, con una sonrisa en su rostro, Mafalda decidió que seguiría luchando por un mundo mejor, incluso si tenía que verlo desde una perspectiva diferente. Porque, al final, lo importante no era si el mundo estaba al revés, sino que ella nunca dejaría de buscar la manera de enderezarlo, aunque tardará en hacer todo lo que estuviera a su alcance para que el mundo sea mejor y libre.

3°Premio
Macarena Crivelli

Codo a codo

La harina salpicaba cada centímetro del espacio blanco. Blancas eran las paredes, blancas las luces y blanco el aire polvoriento, sin que entrara al sótano una partícula de color del mundo. Bajo los surcos que marcaban los dedos de la Hija se adivinaba un piso color ladrillo, a la vez aeropuerto subterráneo de ideas.

La Hija dibujaba la silueta de la Mamá sentada junto a ella, amasando la unión blanca de harina con agua, a su vez una pista para las ideas.

¡Bruuuuuuuuuuuuum!. El acecho de un avión derrumbó pistas y aeropuertos. Luces de emergencia, los brazos de la Mamá disiparon la niebla. Su silueta quedó enterrada bajo la harina del piso. Después del avión, atacó el silencio. La capacidad del refugio antibombas superaba ampliamente a las dos mujeres, como reflejando el vacío que los últimos años les habían dejado.

—Dale, ayudá —dijo la Mamá.

Cortaba los fideos tallarín con rápida precisión. Cada uno acababa limpio y certero. A la Hija le hubiera gustado que esto también acabara así, entonces para apurar al tiempo se propuso hacer otro tipo de fideos más fáciles.

Se redondeaban solos en sus manos, suaves, imperceptibles, minúsculas bolitas blancas. Estos fideos munición caían fácilmente. Pero cuando los metía en las bolsas, formaban una nueva masa aplastada donde no se distinguían sus principios ni finales.

— ¡Así no! Eso no sirve para nada —indicó la Mamá. Para ella, con su cuchillo, todo era más fácil.

— ¿Cuánto queda para terminar? —preguntó la Hija.

—Hasta que llenemos la última bolsa.

Quizás Mamá no entendiera lo que quería decirle. Tal vez la harina había penetrado muy profundamente en su cerebro. Se había vuelto blanca. Antes, amasaba los fideos en la mesa de la cocina, con una sonrisa roja. Cuando entraba, llenaba el aire de color. Ahora tenía blanca la ropa, el pelo y la sonrisa. También era blanca la masa en las uñas de las dos.

Lentamente, contra el viento, la Hija sacó el hilo de una de las bolsas de harina.

—Mamá, te voy a hacer un collar.

Adentrándose en la turbulencia, la Mamá no respondió. La Hija se apoyó sobre su costado y arrancó el motor.

Para hacer un collar se necesitaba otro tipo de fideos más complejos, con agujero en el centro. Haría falta algo para ahuecarlos. La Hija se sacó una pulsera de la muñeca, regalo anónimo de un tiempo lejano. Le abrió la trabita y la usó para cavar el centro de sus fideos codito.

Después de un rato de trabajar, la masa se había asentado muy profundo dentro de sus uñas. La sacó cuidadosamente con la punta de la pulsera. Cuando hubo terminado, fue atravesando con el hilo los fideos hasta que fueron suficientes e hizo un nudo.

—Listo, Mamá. Para vos.

Con un faro por sonrisa y el collar puesto, en la Mamá se veía una mujer en paz.

—Ya terminamos —dijo y empezó a guardar los fideos en las bolsas—. Hace ya un rato que no oigo aviones.

Desde adentro suyo se escuchaba una turbina y la Hija se arrimó para volar con ella.

—Cortemos este fideo, Mamá. Convirtámoslo en collar.

Con los sacos en la espalda, madre e hija, codo a codo, abrieron la puerta.

Categoría "C"
de 13 a 16 años

1º Premio
Virginia Durán

Sueños Robados

Cuando en el barrio de San Telmo llegó la hora de despertar, Mafalda abrió los ojos un poco desanimada. Miró el marco de la ventana esperando encontrar aquello que soñó haber extraviado.

Se levantó alarmada de su cama, bajó en pijama y despeinada a buscar la ayuda de su madre. En el comedor, su madre preparaba el desayuno, su padre leía el diario y Guille, su hermanito, coloreaba sentado en el suelo.

— ¡Mamá, mamá! —se acercó corriendo a ella.

— ¿Qué pasó hijita?

— ¡Me han robado mis sueños! —exclamó alarmada.

— ¿Tus sueños?

— ¡Sí! ¡Mis sueños!

— ¿Y por qué crees que te robaron los sueños? ¿Anoche no soñaste?

— Sí, sí soñé, pero no hablo de ese tipo de sueños

— ¿Entonces? ¿A qué te referís Mafalda?

— Es que no lo sé, me siento extraña, ya no sé qué quiero ser de grande —dijo desanimada.

— Ah, ese tipo de sueños

— Sí, mamá, ese tipo de sueños!

— ¿Pero no era que querías ser intérprete de las Naciones Unidas?

— Eso era antes, pero ya no me interesa. Pero, ¡qué desactualizada estás, mamá!

— Bueno, bueno, es normal que te sientas confundida a estas alturas, Mafalda, no siempre pensarás de la misma manera, a veces se necesita cambiar de ideas, y también de sueños.

Raquel llevó a la mesa una bandeja con tostadas, manteca, dos tazas de chocolatada y dos de café. Guille se levantó y se sentó junto con Mafalda. Comenzaron a comer mientras veían la televisión.

— ¿Así que robaron tus sueños eh? —preguntó su padre mientras dejaba el diario para sentarse con su familia— ¡Pero qué cruel!

— ¡Sí! ¡Qué desgraciado es ese ladrón! —Dijo mientras le untaba manteca a una tostada—. Estoy segura de que han entrado a casa mientras dormíamos. ¡Estoy muy segura!

— Yo sé quién pudo haber robado tus sueños.

— ¡¿Quién!? ¡Dime cómo lo encontramos y recuperamos mis sueños!

—No, Mafalda. No podemos hacer eso, quizás te los devuelva más adelante.

— ¿El ladrón? ¡Los ladrones no te devuelven las cosas robadas! ¡Hay que quitárselas a la fuerza! —habló levantando su puño.

—Hija, escúchame, no es un ladrón cualquiera, ¿sabes quién fue?

— ¿Quién?

—La adolescencia, así se llama.

— ¿Adolescencia? Aún falta mucho para que me toque.

— ¿Segura? Dentro de unos días cumplirás doce, comenzarás una nueva etapa, entrarás al secundario, conocerás muchas cosas más, a lo mejor hasta encuentres un sueño mejor —finalmente, Mafalda hizo silencio unos minutos para poder pensar, y su padre aprovechó para tomar su café.

—De todos modos, ¿quién se cree la adolescencia para venir a mi casa y robarme mis sueños?

—Vení un rato conmigo, Mafalda, déjame mostrarte algo —dijo él mientras dejaba las cosas a un lado.

Los dos se levantaron de la mesa y subieron las escaleras para ir al cuarto de su padre, entraron y él se agachó debajo de la cama y sacó una pequeña cajita vieja.

—Tomá, Mafalda, esto protegió mis sueños desde que soy adolescente, ¡y eso que yo estoy viejo!

— ¡Pero, papá! ¡Te estoy diciendo que no tengo sueños! ¡¿Vos me estás tomando el pelo?!

—No, hija, claro que no, te lo doy para que cuando encuentres un sueño, lo cuides con esto.

— ¿Y cómo hago yo para encontrar un sueño? —preguntó mientras tomaba el obsequio de su padre.

—Andá a buscarlo ahora, tus amigos pueden ayudarte.

—Bueno, gracias papá, al final sí me sirvió de algo tu ayuda.

Mafalda se fue a su habitación para guardar el regalo de su padre y para vestirse. Nuevamente bajó hacia el comedor para pedirle permiso a su madre.

—Mamá, ¿puedo ir a jugar con los chicos?

—Sí, andá, pero no vuelvas tarde

— ¡Gracias, ma!

Así como dijo, salió, y como el ascensor tardaba demasiado, bajó las escaleras lo más rápido que pudo. Se dirigió a la plaza, donde siempre se juntaba con sus amigos. Ahí,

estaban Manolito, Miguelito y Felipe, los tres en la calesita, y ahí nomás estaban también Libertad y Susanita, sentadas en los columpios. Era raro no verlas pelear.

Se acercó primero a los chicos para hablarles de su problema. Ellos también se veían algo tristes. “¿Será por lo mismo que yo?”, se preguntó Mafalda.

—Hola chicos —los saludó de mala gana.

—Hola Mafalda... —contestaron los tres al unísono.

— ¿A ustedes también les robaron los sueños? ¿O por qué están así hoy?

— ¿A ti también? —le preguntó Felipe con curiosidad.

— ¡Sí! ¡A mí también! ¡Qué cosa! ¿No?

— ¿A ti tus padres te dijeron lo mismo? —le preguntó ahora Manolito.

— ¿Eso de la adolescencia?

— ¡Sí! ¡Eso mismo! —exclamó Manolito otra vez.

—A mí mi papá me dijo que era porque pronto voy a ser adolescente.

— ¡Mi padre me dijo lo mismo! —replicó Miguelito.

— ¡A mí también! Bah, a mí me lo dijo mi mamá —expresó Felipe.

—A mí me lo dijeron ambos —se unió Manolito.

—También me dijo que tengo que buscar un nuevo sueño —habló Mafalda.

— ¿Por qué todos los padres contestan igual? ¡A mí me dijo exactamente lo mismo! —se quejó Miguelito.

—Entonces, ¿vamos a buscarlos? ¿O cómo se hace? —preguntó Felipe.

—Supongo que tenemos que investigar cuál es su hábitat —aclaró Manolito.

— ¡Lo dudo! ¿Y si mejor les pedimos ayuda a Susanita y Libertad? ¡A ellas les pasó lo mismo! ¡Qué raro! —Dijo Miguelito mientras alzaba sus manos para llamar a sus amigas—. ¡Ey! ¡Susanita! ¡Libertad! ¡Vengan!

Las chicas se pusieron de pie y fueron hacia ellos.

—Si no se les vino ninguna idea a la cabeza, mejor ni nos hablen, nosotras sí que queremos hacer algo para solucionar esto —habló Susanita con una mezcla de desprecio y tristeza.

—Ya sé, ya sé, a mí tampoco me gusta hacer las cosas con vos, pero no tenemos otra —dijo Felipe.

—Vos cerrá el pico Felipe, que no ayudas —contestó ella.

—Bueno, bueno, pero no te enojés Susanita.

— ¿Y entonces? ¿Cómo hacemos? —preguntó Miguelito.

— ¡Mi mamá dijo que tenemos que buscarlos! —exclamó Libertad.

— ¿O sea que no van a venir ellos a nosotros? —preguntó Susanita.

—No Susanita, tenemos que ir nosotros a ellos —aclaró Mafalda.

— ¿Me están tomando el pelo? Yo no voy a buscarlos ni a ustedes que los conozco desde siempre, mirá si voy a ir a buscar sueños que ni conozco —dijo Susanita con resignación.

—Es la única manera de resolver este quilombo —aseguró Manolito.

—Manolito tiene razón, tenemos que hacerlo por nuestra propia cuenta, para algo estamos creciendo, para hacer las cosas por nosotros mismos —exclamó Libertad.

—Uy, va a ser difícil. De tantos sueños que podemos tener, hay que buscar uno propio —dijo Mafalda.

—Eso es lo de menos. ¿Empezamos ya? —habló Miguelito.

— ¡Sí! ¡Mientras más rápido, mejor! —dijo con entusiasmo Felipe—. ¡Vamos de una vez! —gritó Felipe, listo para partir.

— ¡Esperá un poco, Felipe! Ni siquiera sabemos cómo encontrarlos —le contestó la única que disfrutaba de pelear con él, Susanita.

—Yo tengo una idea —dijo Miguelito.

— ¿A ver? ¿Qué idea tenés, Miguelito?

—Separémonos, que cada uno vaya a un lugar diferente para buscar ideas, entremos a las tiendas o a algún lugar que nos interese, así vamos a recibir inspiración.

—Miguelito tiene razón —dijo Felipe.

—Es verdad, ¡muy bien pensado Miguelito! ¡Eres todo un genio!

—Y cuando acabemos, volvemos todos aquí —agregó Miguelito.

— ¡Sí! —contestaron al unísono.

Y así fue como cada uno partió por su propio camino. Manolito recorrió muchas pastelerías, panaderías, almacenes, buscando un sueño que se asemejase al de antes. Susanita, buscó tiendas de ropa para bebés, tiendas con artículos de limpieza y cocina; a lo mejor, su sueño e inspiración de ser madre y ama de casa volvería con esto. Libertad recorrió grandes empresas de comercio, agencias de noticias, imprentas; quizás, su sueño sería ser traductora de francés, al igual que su madre. Felipe no tenía idea de dónde estaba yendo, recorrió cada lugar que le llamó la atención, visitó desde pequeñas tiendas, hasta grandes hospitales. Miguelito, se perdió al poco tiempo, todo por andar persiguiendo a un perro al que quería acariciar, pero cuando recordó lo que debía hacer, se escabulló en la enorme cocina de un lujoso restaurante.

Y Mafalda... Bueno, ella tuvo muchas complicaciones para encontrar algo que le interesara, entró a varios lugares, le preguntó a varios hombres que vio trabajando, pero casi todos los hombres a los que les preguntó le contestaron que, de grande, únicamente

debía dedicarse a tener hijos, cuidarlos, limpiar, cocinar y servir a su esposo, porque “eso es a lo que se dedica una mujer”.

A Mafalda le pareció injusto, muy injusto. Ella no quería tener que preocuparse únicamente por tener hijos o satisfacer a su esposo, no le parecía una obligación. Lamentablemente, tuvo la mala suerte de encontrarse con hombres que pensaban así.

Rendida, se sentó en una banca. Aún no tenía idea de lo que quería ser de grande, no había podido encontrar un sueño indicado. Y, como si no fuera suficiente, le dijeron más de una vez que su único trabajo debería ser servir a su marido y tener hijos.

Sin esperanza alguna de hallar algo nuevo, se detuvo frente a una enorme biblioteca. Entró y recorrió todas las estanterías repletas de libros. Leyó el nombre de cientos de autores; ninguno le interesó. Pasó libro por libro, revista por revista, diario por diario, pero nada, absolutamente nada.

Cuando estuvo a punto de salir, se cruzó con una repisa entera dedicada a las mujeres de la historia, mujeres como Marie Curie, Eva Perón, madre Teresa de Calcuta, Marie Gouze, Marilyn Monroe, Simone de Baviore, Hannah Arendt, Ana Frank, Catalina la Grande, Sor Juana Inés de la Cruz, Juana Azurduy, María Remedios del Valle, entre muchísimas y muchísimas otras feministas.

— ¿Qué andás buscando Mafalda? —le preguntó con cariño la bibliotecaria.

— ¿Querés que te diga la verdad? ¿O con una mentira te conformás? —le contestó ella desanimada.

— ¡La verdad!

—Bueno, pero es que no creo que entiendas, es complicado y largo, ¡es todo un lío!

—No te preocupes por eso, las bibliotecarias somos pacientes —dijo, y ambas rieron.

Se sentaron al lado de los anaqueles de libros sobre la mujer. Mafalda le contó todo, desde su espantosa pesadilla hasta cómo se había encontrado con malos hombres. La bibliotecaria la escuchó con mucha atención, se llevó cada una de las palabras de Mafalda al corazón y le habló de esas asombrosas mujeres que se hallaban en los libros. Ahora era Mafalda quien escuchaba con atención. Ella le estaba dando miles de respuestas a sus preguntas, miles de soluciones, justo lo que necesitaba.

Le dio las gracias a la bibliotecaria y salió corriendo. Por fin lo entendía todo, ella no quería saber qué sería de grande, no era lo que AHORA deseaba, era una adolescente, aún una niña, por eso, no tenía en claro qué sería en un futuro.

De esos libros se llevó el conocimiento de lo que valía ser mujer, no debía hacerles caso a aquellos hombres que le dijeron que su único valor era casarse y tener hijos, y ahora no le parecía incorrecto, le parecía una buena opción de vida para las que así lo deseaban.

Después de todo, según esas grandes mujeres, una mujer podía decidir si quería vivir esa vida o no, podía elegir si trabajar fuera o dentro de casa, que, igualmente, era un gran trabajo.

Todos volvieron a la plaza, conversaron sobre lo que habían descubierto. Al final, ninguno logró encontrar un sueño claro, al fin y al cabo eran tan sólo unos niños que pronto entrarían a la secundaria, que pronto empezarán una nueva etapa llena de descubrimientos, y entre todos esos nuevos aprendizajes estaría un nuevo sueño.

Mafalda les contó a sus padres de su día, de sus encuentros con gente mala y sus encuentros con gente buena. Se fue a dormir con una idea fija en la cabeza. Pero antes abrió la cajita que su padre le había dado y amarró el atrapasueños que contenía al borde de la ventana. Lo ató bien fuerte, para que cuando llegue la adultez ella no pueda robarlo. Ahora, su sueño de ser una mujer libre jamás escaparía, ahí estaría para siempre.

Ya no le importaba apresurarse en saber a qué se dedicaría de grande. Porque esta libertad que poseía, no se la quitaría nadie. Y entonces, al final del día, pudo irse a dormir tranquila, porque sabía que siempre sería una mujer libre, libre para escoger qué quería ser.

2° Premio
Renzo Mallea

Lo que me llevo en la valija

Julio había traído días muy fríos. Esa mañana el cielo amaneció gris y los vientos helados empezaron a pasearse por la ciudad desde temprano. Yo me estaba pegando una escapada al centro, una de las últimas.

Como a todo escritor, hay tres cosas que me gustan: la música, el café y estar organizado. Llevaba todo preparado en mi bolso esperando que me cayera la inspiración, cosa que hacía varias semanas no pasaba. Me bajé del colectivo y me puse a caminar por el centro buscando algún lugar para desayunar y, en una de esas, escribir algo.

En eso que entraba en calor fijándome precios me puse a recorrer la Arístides Villanueva, la calle de los bares. Otro de los muchos lugares icónicos que evidencian el paso de los otoños en Mendoza.

Pensé en la ciudad y en lo mucho que había cambiado, en cómo era el centro cuando caminaba las calles de la mano de mi madre, demasiado chico para memorizar el nombre de las plazas o el número de los colectivos, cuando las caminaba con mis amigos buscando algún lugar para almorzar después de la escuela, o algo para comprarme con mis primeros sueldos. Viví toda una vida en la misma ciudad, y todos los días me volvía a enamorar de ella.

Iba caminando tan concentrado que no reparé en la lapicera que acababa de caer de mi bolso, ni en eso ni en el lugar en el que estaba, ni mucho menos en la persona que estaba a mi lado.

—Disculpe, señor; se le cayó una lapicera —la niña que me hablaba era muy pequeña; llevaba un vestido rojo y ataba su cabello con un muy llamativo moño que hacía juego con el vestido.

Demasiado sorprendido como para hacer nada, miré a mí alrededor. Estaba frente al homenaje a Quino de la calle Arístides: el banco donde se sienta Mafalda, acompañada por los eternos enemigos Susanita y Manolito. Pero ellos dos no estaban ahí, sólo estaba ella, Mafalda; extendiendo su mano para devolverme mi lapicera. Le agradecí y la devolví a mi bolso.

—Seré curiosa, ¿qué lleva ahí? —me preguntó.

—Las cosas de mi trabajo —le respondí, sin dejar de repetirme lo incoherente que resultaba conversar con ella.

— ¿Y de qué trabaja?

Empecé a sentirme como seguramente se sentía mi mamá cuando la llenaba de preguntas. Me senté al lado de ella, donde alguna vez había estado Quino. Entonces supe que no era la primera vez que alguien conversaba con Mafalda en aquel banco.

—Como a todo escritor, hay tres cosas que me gustan: la música, el café y estar organizado. De chico me decían que tengo mucha imaginación, una que crecía cada vez que me sentaba a leer o ver una película; una que con el tiempo empecé a volcar en mis propias historias. Entonces descubrí que mi sueño era ser escritor.

—Me parece que se olvidó de una cuarta cosa: la higiene. Escuché que los escritores están obsesionados con la higiene, ¿o esos eran los dibujantes?

—No sabría decirte —le respondí—. ¿A vos te gusta escribir?

—No, yo no sé escribir bien, el que sabe es mi amigo Felipe, a él le enseñaron en la escuela; ¿vos dónde aprendiste?

—A mí me enseñaron en mi casa, y fui aprendiendo un poquito más cuando estaba en la escuela; pero no estudié la carrera.

—Mirá vos. Felipe me cuenta muchas cosas de los estudios, a él no le gustan.

—Ahora que hablás de tus amigos, Mafalda; ¿dónde están Susanita y Manolito? —le pregunté. Ella se encogió de hombros.

—Manolito se fue a comprar algo para comer y Susanita fue atrás de él, seguramente para gastarle algún chiste. En una de esas se perdieron, Mendoza es una ciudad gigante, pero muy linda. ¿Usted la conoce, vive acá?

Mi primera respuesta fue un “sí” dudoso, instantáneamente la cambié por “no”. Mafalda evidentemente no entendió qué quería decir.

—Sí, la ciudad es hermosa, pero yo no voy a vivir más acá porque me voy del país —le respondí, sin poder mirarla a los ojos.

— ¡Pucha! —exclamó—. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Cuénteme, pero rápido que soy curiosa!

Sonreí. Le expliqué que mi sueño era ser escritor, y que era justamente por eso que no me podía quedar en la Argentina. Mafalda, siempre con sus preguntas; me di cuenta de que estaban por venir varias que no sabría cómo responder, no sin decepcionarla, no sin que el gris de ese día se volviera triste.

—Pero, ¿tenés que irte del país para cumplir tu sueño?

Asentí. “¿Por qué?” Era difícil tener que explicarle aquello a una niña de 6 años, a la niña que, de una forma u otra, me lo había explicado a través de viñetas cuando yo también era un niño.

—Sobrevivir en Argentina es una batalla, una más ardua para unos que para otros. Tristemente, como toda batalla, se puede perder; y el pueblo las viene perdiendo hace mucho.

—Pero vos sos muy joven, ¿cómo puede ser que sepas cómo eran las cosas hace mucho?

—Porque de chico veía a mis viejos trabajar y hacer muchos sacrificios para poder tener plata, comer e ir al colegio. Hoy todo eso es difícil. Comer es un privilegio.

— ¿Cuáles serían los requisitos para comer?

—Trabajar mucho; pero a veces tampoco alcanza. Muchos niños no cenan y se van a dormir con hambre. Se tienen que conformar con poco: con un té con tortitas o un plato de sopa.

— ¡Sopa no! —exclamó. Cierto que a ella no le gustaba—. Qué injusto. Quejarse de la sopa sería divertido si todos tuviéramos la opción de cenar otra cosa.

—Exacto. Quejarse no nos da trabajo, ni manda a los chicos a la escuela.

— ¿Qué enseñan en la escuela? ¿Cosas importantes? —Me preguntó con un aire de ilusión—. A mí no mucho, pero espero aprender más cuando tenga que estudiar una carrera.

—Eso está difícil. A uno se le reprochan mucho las carreras y los estudios.

— ¿Por qué? No me digas que la escuela les seca los sueños a todos y los vuelve personas aburridas.

—Algo así. Pasa que estudiar una carrera requiere mucho esfuerzo, y al momento de la elección pesa más cuánto se gana que la pasión.

—Tenés razón. Hace unos días le pregunté a mi papá sobre su trabajo, y me dijo que él sería feliz trabajando con sus flores y plantas. ¿Cuáles son las carreras más importantes?

—Las políticas.

—Nunca entendí para qué servían —reflexionó—. Si al final viven de vacaciones, las que realmente son pagas.

—Tenés razón —tuve que reconocer—. Esos son los que más libertad tienen; pero hoy en día la libertad es algo ambiguo, cada vez más...

— ¡Chica! Ni me lo digas, que con la libertad y su tamaño ya tengo mis temas.

Dejé escapar una carcajada. Al final, tenía razón, porque la libertad era una palabra cuyo significado se olvida rápido y se ve enturbiado por aquellos que buscan sacarle provecho.

— ¿Qué pasa que nadie sueña con otras carreras?

—Muchos no tienen la oportunidad. Algunos viven viendo cómo otros sin aspiraciones buscan ganarse la vida de forma fácil, y cuando empiezan a vivir así, les cuesta cambiar.

—Pucha. Pero si desde lugares chiquitos se puede llegar hasta el espacio. ¿Nadie les dijo que los sueños grandes también son para los chicos? ¡Así nunca vamos a tener astronautas!

— ¿Los derechos también se quitan? ¿O solo los sueños y las libertades?

—Algunos —respondí—, varios. Muchas familias no tienen ni para comer ni para vestir. Otros no tienen casa, o no la tienen terminada. Falta la luz, el agua y el gas, así que toca irse a dormir bien temprano, y no porque los chicos tengan que ir al colegio al otro día. A muchos no les alcanza, y tienen que ir a ayudar a los padres en el trabajo.

—Manolito ayuda a su papá con el negocio; pero debe ser que a él sí le alcanza para comprar los útiles. Mi papá dice que los gastos de las vacaciones son enormes, ¡cómo serán los de la escuela!

—Cuesta cubrirlos. Cuando faltan útiles, decirle a la familia no se puede; porque nadie cobra hasta el otro mes.

—Qué feo. ¡Con lo poco que se cobra! Después Manolito salta con el tema de ahorrar, como si fuera tan fácil. Los que pueden son los que menos trabajan, porque esos son los que más ganan. ¡Qué injusticia!

—Sí. Resulta paradójico que los que menos trabajan ganen más que los que trabajaron toda su vida. Jubilarse es una batalla aparte. La plata rinde lo justo y necesario para vivir bien.

— ¿Desde cuándo llamamos a una vida indigna “vivir bien”?

—Quise decir que viven como pueden.

— ¡Pucha! —exclamó—. Nadie se preocupa por los más necesitados. Después no quieren que uno reclame; pero cuando no están atendiendo nuestros llamados están mirando para otro lado mientras la mayoría no tiene oportunidades, ¡sólo tienen para la sopa! Al final es por estas cosas que se olvidan los derechos y la libertad. Así no se puede vivir, ni soñar, ni pelear por un país mejor; sólo se puede... —se detuvo, pensó, y después me miró, triste—. Sólo se puede irse.

—No hay mucha más alternativa. Es por eso que me voy.

Armo mi valija invadido por el miedo. En ella me llevo muchos recuerdos, me llevo las calles, las plazas y los bares; me llevo muchas lágrimas y el doble de risas; el orgullo y una historia de lucha; y me llevo la esperanza de un día volver al lugar que un niño empezó a llamar hogar, que un adolescente se dedicó a conocer y del que un día yo me enamoré.

Quiero volver para seguir peleando desde un lugar diferente, porque me llevo del sueño de algún día vivir en el país que se merece el pueblo argentino.

Mafalda me miraba muy conmovida, casi aguantándose las lágrimas. No supe cómo decirle que lo que le explicaba ahora, ella me lo había explicado a mí. Ella me había enseñado eso, me lo había mostrado a través de sus tiras, solo que era demasiado chico para entenderlo. Le debía mucho, a ella y a sus amigos.

De pronto, a lo lejos, venían caminando Susanita y Manolito. Ambos sentimos el impulso de hundirnos en un abrazo, sabiendo que era la despedida.

—Ahora entiendo lo que estás pasando. Le deseo mucha suerte, señor escritor. Pero le pido una cosita: no se vaya a olvidar de la Argentina cuando se vaya, no se olvide de que acá está su hogar, y nunca la deje de querer. ¿Me lo promete?

Asentí. La niña se bajó del banco y corrió al encuentro de sus amigos. Entonces, me quedé sólo, sentado en el banco de la Aristides, pensando. Al final, se podía buscar el lado positivo y aún se podía encontrar la felicidad en las cosas pequeñas. Esas son las cosas que me quedaban de las tiras de Mafalda, pero, sobre todo, que siempre hay que seguir peleando por una vida y un país mejor, cada uno desde su lugar, aunque recién ahora lo podía entender. Sí, pensando así, aún había esperanza, aunque la vida a veces pareciera ser —disculpen la dureza de mis palabras— una sopa. Eso era lo que me habían enseñado.

—Gracias, Mafalda.

3° Premio
Tatiana del Valle

Garabato de niño

Antes de empezar, lo que les voy a contar, es algo que no fue dicho, todo lo que viene a continuación fue producto de mi imaginación, algo que a cualquier escritor le puede pasar, a veces la creatividad nos lleva demasiado lejos, haciéndonos sentir o pensar como un niño, por lo que podría decirte que alguien que usa la imaginación tiene el alma de un joven, y si esta historia tiene similitud con la realidad, es pura coincidencia:

Nadie puede negar que en la mente de un niño pueden pasar millones y millones de pensamientos absurdos, yo podría decirte que es un laberinto de preguntas, donde la fantasía está presente en cada instante, rodeado de una burbuja, alejado de toda realidad, con la mente en el cielo y los pies tocando el suelo, en un paraíso de sueños irresponsables. Pero, a pesar de todo, todo niño tiene un sueño, un sueño que pocos logran hacer realidad.

Por lo que aquí viene el caso de nuestro pequeño protagonista, que vive en algo fuera de la realidad, algo que podría decirse: la mente de un niño. Siempre dibujando en todos lados, no hay ninguna tarea donde no haya ningún garabato, no podemos negar que su tío lo influenciaba mucho con su trabajo.

Puede que sus maestras tenían razón cuando decían que vivía en las nubes, pero a través de los ojos de este niño podíamos ver cómo ovnis viajaban entre los edificios, o como un lagarto se escabullía entre los arbustos del patio de recreo. Su mente estaba en todos lados menos en su tarea.

Con el tiempo sus garabatos tomaron más forma, su técnica mejoró y su estudio valió la pena, sin embargo, ahora las reglas eran distintas, por lo tanto, esa burbuja que lo protegía de niño... explotó, nuevas responsabilidades hacían que surgiera en él un interrogante que de chico nunca se hizo... ¿Podría hacer su sueño realidad? Entonces llevaba en su interior el miedo de todo artista, a algo que se le llama fracasar. Pero sabía que no debía desaprovechar ninguna oportunidad y nunca bajar los brazos.

A pesar de sus inseguridades, las opiniones de los demás y sus temores, se embarcó a crear algo único, algo fuera de serie, esa chispa que le daría vida a todos sus personajes, algo que hiciera ver al mundo que el humor y la gracia puede acompañarlos en los malos momentos.

Trazó líneas, dibujó garabatos, pero nada de esto lo convencía, sentía que algo característico le faltaba, de tantos papeles tirados, le quedaba una última hoja, probablemente la última de su escritorio, entonces se centró mirando fijamente como la

aguja de su reloj se movía, podía sentir como el ruido del segundero era el único que se podía escuchar en toda su casa, si no era un silencio absoluto.

Cansado de tanto pensar, dibujó líneas al azar y justo cuando le iba dibujar la cabeza... ¡Ups! Se le volcó la tinta, no es algo que pasa todos los días, la verdad, que bronca le debió dar. Frustrado intentó sacar la tinta que se volcó en la cabeza con el dedo antes de que se secara o se encastrara más, pero se sorprendió cuando se percató que esta era la chispa que tanto buscaba, suena muy poco creíble, pero sí, estamos hablando de su cabello ¿Esa era la chispa qué tanto buscaba? Parece que sí.

Paso días buscándole vida a ese personaje, una personalidad fuera de lo común, alguien que se atreviera a decir lo que nadie se atreve, alguien polémico, que representara a alguien infantil, pero con una mente astuta, un infante con sus propias responsabilidades, puede llegar a ver y entender como un adulto... La creatividad de nuestro héroe, transformó un error, una mancha, en un personaje querido, amado, que nos acompañó por toda nuestra vida y por muchas generaciones: nuestra querida Mafalda.

Y como ya habrán adivinado el pequeño soñador, con alma de niño, es nuestro preciado Quino.

Categoría “D” de 9 a 12 años

1º Premio
Ludmila de la Vega

Mafalda y Guille

A Mafalda le dijeron sus padres que en unos meses iba a tener un hermanito. ¿Cuántos meses? No importaba. Llegaría el momento y Mafalda no podía estar más ansiosa. ¡Iba a tener un hermanito! Compartirían juguetes y aventuras, y eso era más que suficiente. Además, mientras sus padres iban a recibir a la cigüeña, a ella la dejaban en casa de Susanita una mañana. A la tarde, Mafalda preguntó:

— ¿Por qué tardarán tanto?

—No lo sé, tal vez la cigüeña sea charlatana —contestó Susanita.

—Espero que no haya mucho tránsito aéreo.

— ¿Tránsito aéreo?

—Aviones, avionetas, helicópteros...

—Espero que no la hayan atropellado.

A Mafalda se le desfiguró la cara. Esa noche no pudo dormir. A la mañana siguiente tenía enormes y profundas ojeras acompañadas de un sueño tremendo. Mafalda se levantó como pudo, fue hasta el patio y miró al cielo. Tres palomas parecían huir de un avión comercial. Mafalda levantó el puño, amenazante.

— ¡Asesinos!

— ¿Qué pasa, Mafalda? —preguntó desde la cocina la mamá de Susanita—. ¿Otro avión de guerra?

—Avión sí, pero no de guerra.

— ¿Entonces?

—Si atropellan a la cigüeña, también a mi hermanito —dijo dirigiéndose a la cocina, donde la mamá de Susanita preparaba el desayuno.

—Pero, Mafalda, ¿cómo llegaste a esa conclusión?

— ¿Por qué más se demorarían tanto?

—La cigüeña viene desde París, capital de Francia y de la moda. ¿Sabés cuánto tarda en llegar desde allá hasta acá un avión? ¡Imaginate una cigüeña, que no cuenta con ningún motor! Además, tiene que parar a descansar cada tanto. Es un ser vivo a fin de cuentas: para a beber, dormir y comer. Suele tardar dos o tres días. Es lo normal.

La mamá de Susanita se giró y, con las manos en las caderas, ordenó:

— ¡Ve inmediatamente y dile a Susanita que te quite esas ojeras y que me diga qué pasó con Elvira y Emilio!

Mafalda se marchó a ver a Susanita, pero ésta se adelantó.

— ¡Necesitamos pepinos! ¡Urgencia de belleza!

Con pepinos en los ojos, en pocos minutos Mafalda había caído en un sueño profundo del que fue difícil sacarla. Cuando al fin la despertaron, le recalentaron el desayuno y, al fin, pudo hablar con Susanita.

—Lástima que no conoceré a la cigüeña —dijo Mafalda con un rasgo de tristeza.

—Vas a tener un hermanito. Le cambiarán los pañales y te aguantarás el hedor. Por eso te hice un par de regalos. ¡Y no te debo ningún regalo por una década! Está en mi habitación.

— ¡Gracias! El bebé se llamará Guille.

Esa noche, Mafalda soñó que el corazón de su familia la separaba, ella salía del corazón de su propia familia, corría detrás de él pero no llegaba, y el corazón se alejaba más y más. De pronto, un bebé gigante aparecía frente a ella y le rodeaban de regalos que la aplastaban, y ella aparecía sobre un chupete.

—Chuik chuik chuik —hacía el chupete, y ella perdía el equilibrio y caía sobre un moisés que se daba vuelta y al fin se despertó. ¡Qué vértigo! pensó al despertar.

— ¡Mafalda, tus padres vienen en un rato! ¡Se están despidiendo de la cigüeña! ¡Vienen con unas cosas para el bebé!

—¡Para el bebé, lo único que faltaba! —pensó Mafalda, bastante seria.

Recordó el regalo de Susanita: un chocolate, una muñeca pálida, enfermiza, de vestido ancho y un corcho... ¿Para la nariz, tal vez?

Compartió el regalo con Susanita hasta que llegaron sus padres.

—Mamá, ¿ahora no tendrás más tiempo para mí? ¿Me echarán de la familia?

—Claro que no te echaremos de la familia. ¿Cómo pudiste pensar en eso? Y claro que tendré tiempo para ti, sólo que lo compartiremos con Guille.

— ¡Menos mal! La próxima vez que venga la cigüeña, no me dejes con este par de exageradas, sin ofender.

2° Premio
Emilia Bouillard

Sr invisible

Esto que voy a contarles ahora pasó hace bastante tiempo. No se lo he contado a nadie todavía, no porque sea un secreto, sino porque no me acordaba. Hoy en mi casa había sopa de cena y entonces ...

¡Era una semana de invierno super fría! Capaz que por eso comimos sopa todos los días. ¡Yo odio la sopa! y el puré que viene después es todavía peor, me da náuseas. Réquete entiendo el asco de Mafalda. Ella trataba de hacer trampa con la sopa como, hacía una cerca con un hilo alrededor del plato o pedía otra comida. Creo que no le funcionaba. A mí tampoco. Al final me terminé tomando la sopa, comiendo el puré y la fruta de postre y, con un reto de mi mamá. Solo faltaba que suspendieran gimnasia y ilisto!

Al otro día cabellos de Ángel. “Los ángeles dan super poderes” dijo mi mamá. Como si eso me fuera a convencer de tomar la sopa contenta. Toda esa semana fue igual. Ni un chocolatito de postre. Nada rico. El viernes ya no aguantaba más la sopa, ni una cucharada más. Pregunté si la podía comer en el living mientras veía la tele y me dijeron que sí. Dejaron el plato en la mesita ratona. Yo hacía circulitos con la cuchara, parecía como que la enfriaba, cuando escuché un ruidito detrás del sillón. “Deben ser las bolitas blancas del relleno”, pensé y no le presté atención. Seguí viendo la tele aburrida hasta que lo vi aparecer desde abajo. ¡De un salto estaba en el plato! ¡Qué alegría me dio verlo! Hacía muchísimo que no venía, ya me había olvidado de él. “¡Sr. Invisible!” Lo saludé en secreto, feliz de verlo. “Hace tanto que no te veía”. Me saludó con la cabeza y, sin decir nada, sacó una bombilla de mate del bolsillo de su camisa a cuadritos y se tomó toda la sopa de una vez. Ffflup. ¡Él siempre sabe lo que necesito! Cuando terminó, me saludó con la mano y, panzón, se fue por el enchufe.

La primera vez que lo vi fue cuando mis papás se separaron. Nos mudamos con mi mamá y mi hermano a un departamento. Estábamos almorzando en silencio cuando mi mamá fue a buscar algo a la cocina. Fue ahí que apareció por primera vez. Entró por debajo de la puerta, me guiñó un ojo y se sentó en la ensaladera. La idea de que se comiera toda la ensalada me dio hambre y me apuré a terminar mi plato para servirme más.

Tengo recuerdos divertidos de esa casa: Mi hermano y yo pegamos una piedra en el placar con plasticola, te apuesto a que todavía sigue ahí. En verano, limpiábamos con mi mamá, ponía agua con detergente en el en el piso del balcón y barríamos con la escoba hasta que todo se llenaba de espuma. Nos encantaba mojarnos en la espuma. El Sr. Invisible vino algunas veces más, pero con el tiempo me lo olvidé.

Hasta que nos mudamos otra vez a un departamento muy alto. Apareció un día a la hora de la merienda. Esta vez tocó la puerta. Le abrí y subió a mi mano. Lo puse sobre la mesa. “Hola Sr. Invisible, qué bueno que vieras”. Le dije. Y él me sonrió. Pienso que lo atrajo mi chocolatada que yo no tenía tantas ganas de tomar. En cuanto lo vi meterse a la taza, me apuré a terminarla antes que él. Ese año nevó. Vimos todos los techos de la cuadra blancos, las escaleras blancas, los autos blancos... Todavía lo veo empañando el vidrio desde afuera, viéndonos desayunar.

Al final nos fuimos a una pequeña casa, que es donde vivimos ahora. Tenemos un cuarto cada uno, el mío es el de la pared amarilla. Tiene un cuadro de corcho para pegar cosas y una mesita para pintar. Al principio el Sr. Invisible venía seguido. Pienso que le gustaba conocer mis casas nuevas y comerse mis comidas. Pero por mucho tiempo no lo vi. Una vez lo vi salir por el enchufe ya no volvió. Yo me había olvidado de mi amigo el Sr. Invisible. Hasta que tuvimos esa semana de sopas. Creo que mi asco a las sopas fue una señal para él, y el muy glotón, que siempre disfrutó comer lo que yo no quería, aprovechó para venir. No voy a negar que verlo me puso feliz. Además, me ahorró todo el mal humor que me da la sopa. Creo que fue por ahí que empecé a tomar todo con bombilla.

Ya pasó bastante tiempo de eso. Mi mamá sigue teniendo esa manía de preparar sopa hasta en verano. “Da super poderes”, me sigue diciendo. Ahora me empezó a gustar la sopa (y no la tomo más con bombilla). Igual cada vez que veo un niño chiquito comer rápido pienso que está compitiendo con un señor invisible.

3° Premio
Gabriel Addamo

Las noches de Juan

Desde muy pequeño, Juan ha tenido mucho miedo, miedo a la noche. Esta es su historia, y es la historia que les voy a contar.

Juan tiene miedo y es sonámbulo. Además, muy a menudo su madre se despierta porque él habla solo o, lo peor, la asusta por las noches. La asusta porque, al hablar por la noche o al merodear en su sonambulismo, lo encuentra vagando en mitad de la noche con la mirada perdida en la oscuridad.

Las noches eran largas, porque Juan no podía dormir, y los días también eran largos, porque Juan no lograba descansar. Estaba cansado, con sueño y mal humor. A cada día le seguía la noche, y la noche venía acompañada del miedo.

Una noche, Juan despertó con la sensación de que algo extraño lo acompañaba. No era la primera vez que esto sucedía, pero... ¿a quién podía contárselo? No quería preocupar a su familia, no quería que nadie supiera que tenía miedo, miedo a la noche, miedo a asustar a alguien siendo sonámbulo, siendo miedoso.

Como pudo y luchando con su propio miedo, sacó la mano y buscó la perilla para prender el velador de su mesa de luz. La encontró y, como pudo, la giró para encender la luz, pero no funcionó. Pensó que podía ser una falla del velador, así que, con los ojos cerrados, se acercó hasta la puerta para encender la luz de la habitación, pero la luz tampoco encendió. Era habitual que en la casa de Juan se cortara la luz sin razón aparente, pero era algo común.

A pesar de la confusión del miedo, Juan entendió lo que estaba pasando: la luz se había cortado, tanto en la casa como en la calle. La ventana dejaba pasar la luz de la calle que iluminaba tenuemente la habitación, y ahora ni eso. No había luz en la casa ni en la calle, y el miedo seguía avanzando.

En eso, sin querer, tropezó con los juguetes que su hermano menor había dejado tirados y ¡qué susto! Su mamá se despertó con el ruido y preguntó:

—¿Qué está pasando? ¿Por qué hay ruidos a esta hora de la noche?

Juan le dijo:

—Se cortó la luz y no veo nada.

La madre respondió:

—Busca la linterna, no puedes andar a oscuras.

Juan preguntó:

—¿Dónde está la linterna?

—Búscala —respondió su madre.

Juan la buscó en la mesa de luz, en el cajón donde van las cosas que no sabemos dónde deben ir, y en varios otros lugares, pero no la encontraba. Entonces pensó en buscarla en la biblioteca. Entre la oscuridad y el miedo, encontró un pequeño libro titulado “Mafalda y sus amigos”. Junto al libro estaba la linterna. La probó y vio que funcionaba, iluminando con claridad todo lo que apuntaba. Problema solucionado, pensó Juan, y allí estaba ese pequeño librito que hablaba de amigos. ¡Qué curiosidad!

Así se fue a la cama con la linterna y el libro. Al abrirlo, encontró las historias de una niña que dialogaba con amigos. Con chistes y ocurrencias, ella y sus amigos se divertían y daban respuestas a muchas situaciones. Con una mano sostenía la linterna, con la otra el libro, y se las arreglaba para pasar las páginas. Páginas que hablaban de amistad y ¡qué risa!

Cada historia contaba pequeños y breves diálogos entre Mafalda y sus amigos, que esa misma noche se hicieron amigos de Juan. Ahí estaban Susanita, Manuelito y Felipe, todos amigos de Mafalda, que sin pensarlo se hicieron amigos de Juan. Juan se sumergió en esas historias y, sin darse cuenta, ya no pensaba en el miedo ni en la luz que se había cortado. Se fue quedando dormido.

Al día siguiente, Juan despertó temprano, con el sol iluminando el cuarto. También había luz, porque podía escuchar el televisor funcionando. Mientras despertaba, encontró entre las sábanas el pequeño librito que tenía como protagonista a una niña muy ocurrente. Ahora, con la luz del nuevo día, pudo observarlo mejor y se fue a desayunar.

Su madre le preguntó:

—¿Qué tienes ahí, Juan?

Juan le contó que lo había encontrado, le dijo que estaba en la biblioteca y lo divertido que era. La madre de Juan se sentó junto a él y le relató esta historia:

—Juan, este es mi libro preferido. Crecí con él y con las historias de Mafalda. Cuando era chica, Mafalda era mi amiga y aún hoy lo sigue siendo.

Juntos se pusieron a leer y observar estas historietas. Luego le contó que Mafalda era mendocina y que su autor era un tal Quino. También le mostró otros ejemplares que hablaban de Mafalda, como “Mafalda y la escuela”, “Mafalda y el mundo” y “Mafalda y la familia”. Una colección de historietas que a partir de ese día serían de Juan y su mamá, que, aunque estaba feliz de regalarle los libros a Juan, los seguía sintiendo como suyos.

Pasaron las noches, y Juan no pensó en el miedo. Pensó en que, antes de acostarse, podía sentarse en la comodidad de su cama y leer las aventuras de su nueva amiga,

Mafalda. Así, cada noche, el encuentro con estos amigos de la historieta reemplazó el miedo por risas.

Poco tiempo después, en la escuela, tuvieron una clase sobre emociones: hablaron del miedo, la felicidad, la ira y otras emociones. La señorita les dijo que debían reconocer esas emociones y hablar de ellas. Fue en ese momento cuando Juan nos contó esta historia. Nos habló del miedo y de esa amiga que llegó en una colección de historietas y que se encargó de borrar, para siempre, el miedo a la oscuridad y a estar solo.

Otros chicos también hablaron de sus emociones, pero lo más lindo fue ver la cara de la señorita, que de inmediato reconoció a Mafalda y se emocionó al contarnos que ella había crecido leyendo sus aventuras y ocurrencias.

El miedo de Juan desapareció. En la casa de Juan sigue habiendo cortes de luz, y en la mesa de luz de Juan se enciende cada noche un encuentro con la lectura de las historietas que Juan descubre y redescubre gracias a Mafalda.

Jurado

Agustín Hernández

Vanesa Stroscio

Javier Cusimano

Inti Bustos

Índice

Presentación-----	3
David Ruffo - Elmundo y yo-----	6
Milca Figueredo –Tita-----	10
Amparo Bagorda- Crónicas de un periodista-----	14
Franca Puebla - Mafalda y el mural de la felicidad-----	22
Lucía Bravin - Mafalda y el mundo al revés-----	25
Macarena Crivelli - Codo a codo-----	29
Virginia Durán - Sueños Robados-----	33
Renzo Mallea - Lo que me llevo en la valija-----	40
Tatiana del Valle - Garabato de niño-----	46
Ludmila de la Vega - Mafalda y Guille-----	50
Emilia Bouillard - Sr invisible-----	53
Gabriel Addamo - Las noches de Juan-----	56
Jurado-----	59